

## El obrero y la reina

Esta es una historia familiarmente animal y que ocurrió hace cuatrocientos años en una ranhería enclavada en la profundidad de la Sierra Norte de Puebla.

Es 1624 y entre las dalias de la propiedad de Don Hernando aconteció lo siguiente:

Una abeja obrera avanza quedamente y tropezando entre la multitud de su especie se aproxima hacia la reina toda poderosa. Cuando la tuvo de frente, no sin nervios evidentes, agachó solemnemente su cuerpecito y le exclamó:

—Su majestad, yo sé bien cuanto tengo por valía, pero vengo a ofrecerle mi gran tesoro.

—¿La producción de miel anda bien? Me he enterado de la rivalidad que han tenido en contra de los cenizales y los colibríes del bosque. Veré que puedo hacer por vosotros...

—No. De hecho, los alborotos han sido ocasionados por los zánganos. Muchos de ellos están hartos de volar tan lejos porque los capataces de Don Hernando están destruyendo nuestras flores.

—Tal vez sea necesario volar lejos de esta ranhería. He escuchado a algunos burros que quieren construir una mina. No sé qué sea eso, pero me da miedo.

—Tal vez, si alguien como yo picara a los humanos éstos entenderían.

—No vale la pena, muchacho. Bien, supongo que no venías exclusivamente por ese asunto, ¿o sí?

—No, hay algo más. Más embriagador que el aroma del aguamiel.

—Me estás alarmando, no calles más. ¿Qué puede ser?

—Regresando a lo “nuestro”, es necesario explicarle...

—¡Vamos macehual, no te contengas!

—Mmmnnn...usted...no entiende. Permítame decirle...

—¡Basta! Puedes tratarme como tu semejante. Olvida la pleitesía. Por favor, dime todo claro y sencillo.

—Está bien.

—¿Ajá?!

Alzando una de sus patas, inhaló y pronunció las siguientes palabras:

—Te gustan los mejores pétalos, pero yo sólo puedo andar entre los quelites y epazotes. Soy el peón más impaciente y tú siempre gobiernas con paciencia. Me gusta escuchar el silencio de las cuevas y tú no dejas de hablarle a ninguno de tus trabajadores. Cuando vuelas haces el mejor de tus bailes y yo sólo canto cuando me sumerjo de polen. No me canso de pensar y tú en cambio, no te cansas de sentir.

Confundida la gran monarca se acercó al cuerpo de su fiel súbdito y supo consolarlo con dulzura. Después de unos segundos de tierno silencio en el rincón más escondido del panal, la reina dijo:

—Suficiente. Los dos amamos porque no odiamos la vida.

Esa fue la última noche. La obrera abandonó la colmena. Se dice que después emprendió su vuelo hacia los jardines de vainilla en Papantla, Veracruz.